

LA PROPIEDAD DE LA PATRIA

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Queridos amigos de la Ciudad Católica:

Me corresponde en un Congreso de temas tal vez en ocasiones áridos, aunque no ciertamente poco importantes, una hermosa lección. Hablar de esa propiedad que a todos nos es tan cara, que tan dentro llevamos, que es nuestra patria España.

En la Propiedad podemos distinguir muy claramente lo material de lo espiritual. Es lo material el objeto apropiado, lo que es de uno, al menos de alguna manera. Ciertamente es fundamental para caracterizar la propiedad, pues sin ello no existiría nada propio. No hay propiedad de la nada, aunque desde luego la hay de objetos inmateriales, de ideas.

Pero sobre ese hecho material hay otro espiritual de mucha mayor trascendencia. Y son las relaciones de amor o desamor entre el que considera propio algo y la propiedad. Entramos en ese terreno tan difícil de definir y que Saint-Exupéry, en la deliciosa historia de *Le Petit Prince*, describió como «*apprivoisement*».

Y según exista ese hábito de amor, ese temblor del alma que todos en ocasiones hemos sentido al encontrarnos con lo que verdaderamente amábamos y que, por lo mismo, era verdaderamente nuestro, podremos clasificar la propiedad en dos grandes grupos: simples propiedades materiales y propiedades en las que participa el alma con un peso realmente singular. Y como cada alma es un mundo de subjetividades y pasiones que en nada o muy poco se asemeja a la del vecino, no existe una regla única ni nada que se le parezca en esta medida de lazos y amores.

Todos conocéis la poesía *El Embargo*, de Gabriel y Galán. Ella

me puede ahorrar el insistir sobre este tema. En muchos hogares es, en ocasiones, un problema deshacerse de una cama. Aun pagando no hay quien venga a recogerla y llevársela. Es una propiedad inútil y molesta. Otras veces, es propiedad útil y aprovechada. Pero nada más. Si nos regalaran una mejor, la cambiaríamos inmediatamente. Si no lo hacemos es por puras razones económicas. Me presta servicio y prefiero gastar el dinero en otra cosa. Al menos de momento. Y también:

«¡Pero a vel, señor Jues: cuidiaitu
si alguno de ésus
es osau de tocali a esa cama
ondi ella se ha muertu:
la camita ondi yo la he querido
cuando dambus estábamos güenus,
la camita ondi yo la he cuidiau,
la camita ondi estuvo su cuerpu
cuatro mesis vivu
y una noche muertu!
¡Señor Jues, que nenguno sea osau
de tocal a esa cama ni un pelu,
porque aquí lo jincu
delante usté mesmu!
Llevaisoslu todo,
todo, menus esu,
que esas mantas tienin
suol de su cuerpu...
¡y me güelin, me güelin a ella
ca ves que las güelo...!

Estas propiedades que no pueden reflejarse en un contrato de compraventa, que muchas veces más que una apropiación son una donación de nosotros mismos, que no están escritas en las páginas grises del *Boletín Oficial*, sino impresas indeleblemente en el alma de cada uno, son las que, poseyéndolas, nos hacen hombres en el más alto sentido de la palabra. Y, viceversa, si algún día nos halláramos con el corazón tan seco de amores que no fuera nuestra verdadera propiedad, Dios y la Patria, la familia y el honor, aunque

poseyéramos tesoros sin cuento no habría ni una sola razón para vivir ni para poseer.

Son los días que corren mezquinos y alicortos y parecen definitivamente ajadas las flores de la esperanza. Y así mueren estas propiedades tan humanas y amenaza morirse la misma humanidad. Si escuchamos los recios versos de nuestro Siglo de Oro nos parece estar en otro mundo de coordenadas mentales:

«Al Rey la hacienda y la vida
se han de dar; pero el honor
es patrimonio del alma.
¡Y el alma sólo es de Dios!»

¿Qué españoles están dispuestos hoy a dar la vida y la hacienda por su rey? No dudo que alguno habrá, pero preciso sería buscarlo con candil. Y, ¿cuántos españoles viven sintiendo que su alma es propiedad de Dios y que, por lo mismo, deben acomodar su vida a las exigencias de esa propiedad?

¿Qué significado tiene hoy decir «mi» mujer, «mi» familia, cuando sabemos que esa propiedad el divorcio la ha hecho efímera y pasajera? ¿Es que alguien dice con satisfacción «mi billete de autobús» ... O «mi pasta de dientes»? ... Nadie. Cuando se termina la sustituimos por otra. Y si es de la misma marca es, sobre todo, por rutina o por efecto subconsciente de la propaganda.

¿Y, qué padre o que madre modernos podrán levantar en brazos con amor y orgullo a «su» hijo cuando son autores del asesinato de otros hijos que podrían ser como ese, pero que sucumbieron al egoísmo feroz del aborto?

El hombre y la mujer de hoy, en un supernarcisismo, sólo pueden decir «mío» verdaderamente al contemplar su imagen ante un espejo. Su cuerpo es la última razón de trabajos y desvelos. Porque,

«en el meeting de la Humanidad
millones de hombres gritan lo mismo;
¡Yo, yo, yo, yo, yo, yo!
.....
Sólo los que aman saben decir ¡Tu!»

Y hoy hemos olvidado amar. Que es la única forma de sentirnos propietarios de estos bienes imprescindibles para vivir. Hoy no amamos a la religión, aunque nos vistamos de ella media hora los domingos. Ni a la Patria. Ni a la mujer. Ni a los hijos. Ni a los padres. Hoy, por no amar, no aman ni los novios.

Me vais a permitir que os lea unas páginas de lo que, aparentemente, es un cuento para niños y que, sin embargo, encierra tantas lecciones para todos:

* * *

Entonces apareció el zorro.

—Buenos días —dijo el zorro.

—Buenos días —respondió cortesmente el principito, que se dio vuelta, pero no vio nada.

—Estoy acá —dijo la voz—, bajo el manzano...

—¿Quién eres? —dijo el principito—. Eres muy lindo...

—Soy un zorro —dijo el zorro.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—. ¡Estoy tan triste!...

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy domesticado.

—¡Ah! Perdón —dijo el principito.

Pero, después de reflexionar, agregó:

—¿Qué significa «domesticar»?

—No eres de aquí —dijo el zorro—. ¿Qué buscas?

—Busco a los hombres —dijo el principito—. ¿Qué significa «domesticar»?

—Los hombres —dijo el zorro— tienen fusiles y cazan. Es muy molesto. También crían gallinas. Es su único interés. ¿Buscas gallinas?

—No —dijo el principito—. Busco amigos. ¿Qué significa «domesticar»?

—Es una cosa demasiado olvidada —dijo el zorro—. Significa «crear lazos».

—¿Crear lazos?

—Sí —dijo el zorro—. Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el

uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...

—Empiezo a comprender —dijo el principito—. Hay una flor... Creo que me ha domesticado...

—Es posible —dijo el zorro—. ¡En la Tierra se ve toda clase de cosas...!

—¡Oh! No es en la Tierra —dijo el principito.

El zorro pareció muy intrigado:

—¿En otro planeta?

—Sí.

—¿Hay cazadores en ese planeta?

—No.

—¡Es interesante eso! ¿Y gallinas?

—No.

—No hay nada perfecto —suspiró el zorro.

Pero el zorro volvió a su idea:

—Mi vida es monótona. Cazo gallinas, los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Me aburro, pues, un poco. Pero, si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los otros. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra. El tuyo me llamará fuera de la madriguera, como una música. Y además, ¡mira! ¿Ves, allá, los campos de trigo? Yo no como pan. Para mí el trigo es inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Es bien triste! Pero tú tienes cabellos color de oro. Cuando me hayas domesticado, ¡será maravilloso! El trigo dorado será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo...

El zorro calló y miró largo tiempo al principito:

—¡Por favor... domesticame! —dijo.

—Bien lo quisiera —respondió el principito—, pero no tengo mucho tiempo. Tengo que encontrar amigos y conocer muchas cosas.

—Sólo se conocen las cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas hechas a los mercaderes. Pero como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, ¡domestícame!

—¿Qué hay que hacer? —dijo el principito.

—Hay que ser muy paciente —respondió el zorro—. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca...

Al día siguiente volvió el principito.

—Hubiese sido mejor venir a la misma hora —dijo el zorro—. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres. Cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro me sentiré agitado e inquieto; ¡descubriré el precio de la felicidad! Pero si vienes a cualquier hora, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón... Los ritos son necesarios.

—¿Qué es un rito? —dijo el principito.

—Es también algo demasiado olvidado —dijo el zorro—. Es lo que hace que un día sea diferente de los otros días: una hora, de las otras horas. Entre los cazadores, por ejemplo, hay un rito. El jueves bailan con las muchachas del pueblo. El jueves es, pues, un día maravilloso. Voy a pasearme hasta la viña. Si los cazadores no bailaran en día fijo, todos los días se parecerían y yo no tendría vacaciones.

Así el principito domesticó al zorro. Y cuando se acercó la hora de la partida:

—¡Ah!... —dijo el zorro—. Voy a llorar.

—Tuya es la culpa —dijo el principito—. No deseaba hacerte mal, pero quisiste que te domesticara...

—Sí —dijo el zorro.

—¡Pero vas a llorar! —dijo el principito.

—Sí —dijo el zorro.

—Entonces, no ganas nada.

—Gano —dijo el zorro—, por el color de trigo.

Luego, agregó:

—Ve y mira nuevamente a las rosas. Comprenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás para decirme adiós y te regalaré un secreto.

El principito se fue a ver nuevamente a las rosas:

—No sois en absoluto parecidas a mi rosa: no sois nada aún —les dijo—. Nadie os ha domesticado y no habéis domesticado a nadie. Sois como era mi zorro. No era más que un zorro semejante a cien mil otros. Pero yo le hice mi amigo y ahora es único en el mundo.

Y las rosas se sintieron bien molestas.

—Sois bellas, pero estáis vacías —les dijo todavía—. No se puede morir por vosotras. Sin duda que un transeúnte común creerá que mi rosa se os parece. Pero ella sola es más importante que todas vosotras, puesto que es ella la rosa a quien he regado. Puesto que es ella la rosa a quien puse bajo un globo. Puesto que es ella la rosa a quien abrigué con el biombo. Puesto que es ella la rosa cuyas orugas maté (salvo las dos o tres que se hicieron mariposas). Puesto que

es ella la rosa a quien escuché quejarse, o alabarse, o aun, algunas veces, callarse. Puesto que ella es mi rosa.

Y volvió hacia el zorro:

—Adios —dijo.

—Adios —dijo el zorro—. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

—Lo esencial es invisible a los ojos —repitió el principito, a fin de acordarse.

—El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante.

—El tiempo que perdí por mi rosa... —dijo el principito, a fin de acordarse.

—Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

—Soy responsable de mi rosa... —repitió el principito, a fin de acordarse.

* * *

Es el capítulo XXI de *El Principito*. Y en él está todo. No se ve bien sino con el corazón. Aprendamos a ver con el corazón a España y nos sentiremos propietarios de una Patria. Y de una Patria hermosa, grande y santa. Y sentiremos la savia de la tradición y de la historia subir por nuestras raíces hundidas en el pasado y esa fuerza nos lanzará hacia un futuro henchido de esperanzas.

Evidentemente, son estos momentos graves en los que se siente la patria amenazada. Y bien sé que quienes amablemente me escuchais la amais como madre y la sentís como propia. Que os duelen sus heridas y decadencia y que prestos estais a acudir presurosos a salvarla. Aunque quizá ignoréis el cómo. Mientras experimentéis esas sensaciones, de rabia y de impotencia a veces, de ánimos para el combate, otras, España es vuestra, España es nuestra. Y nadie podrá arrebatárnosla.

Cumplido, pues, el requisito de amar a lo nuestro, de anudar lazos espirituales entre propietario y propiedad, resta una segunda cuestión. Saber qué es lo nuestro. Cuál es esta patria de la que somos en verdad propietarios, pues la hicieron con sangre, sudor y lágrimas nuestros

mayores. Y nosotros, en nuestra medida, aportamos nuestro grano de arena a lo que han acumulado los siglos y la historia.

Hace casi cien años, en 1881, España era una Monarquía Parlamentaria. Y se disponía a celebrar el centenario de Calderón, el gran cantor de la religión y de la patria. Hay efemérides molestas e inoportunas, y en la España canovista ésta debió ser una de ellas. Porque a Calderón había que homenajearlo aunque representara todo lo contrario de la España zaragatera y triste de la Restauración. Como molesto e inoportuno va a resultar dentro de diez años el mil cuatrocientos aniversario del III Concilio de Toledo, en el que el Rey Recaredo, a quien Dios tendrá en su gloria, abjuraba el arrianismo y hacía de España, y durante siglos se creyó que para siempre, la nación católica por excelencia.

El 589, el rey, los obispos, los nobles y el pueblo se abrazaron a Cristo, que esperaba a España con la cruz abierta de sus brazos. Y tan estrecho fue aquel lazo, y tanto amor pusimos, que nuestra historia fue la de la cristiandad, y nuestra sangre la que se necesitó para vencer a los enemigos de la religión y para devolver a Cristo cien pueblos por cada uno que le arrebatava la herejía.

Reconoceréis que, o mucho han de cambiar las cosas, y ojalá así sea, o el año 1989 ha de ser muy incómodo para los que en aquella fecha se sientan más o menos sucesores o representantes del rey Recaredo, de los obispos, de la nobleza visigoda, que era algo así como la clase política actual, solo que de mucha más categoría, y del pueblo.

Pues bien, decía que el centenario de Calderón se conmemoraba con actos más o menos académicos en los que catedráticos más o menos krausistas, institucionistas y, ciertamente, antic Calderonianos, bailaban en la cuerda floja de la alabanza escatimada, el reconocimiento con peros y la mediocridad que siempre envolvió a aquella creación del alma raquítica y helada de Sanz del Río, que sólo gracias a una magníficamente orquestada sociedad de bombos mutuos, consiguió salir de una oscuridad mucho más clara que sus delirios filosóficos.

Un jovencísimo catedrático, que luego sería inmortal gloria de la literatura española, Marcelino Menéndez Pelayo, escuchaba discursos y sandeces de pretendidamente ilustres oradores, con impaciencia mal contenida y disgusto manifiesto.

Alguna alusión a su persona dio ocasión a que se levantara y pronunciara el siguiente brindis, que suscribo de la cruz a la firma, y que, con pretexto calderoniano, es lúcida definición de mi España.

«Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo, y que en los albores del Renacimiento abrió a los castellanos las vírgenes selvas de América, y a los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la fe católica, que es el *substratum*, la esencia y lo más grande, y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte.

»Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que, durante todo el siglo XVI, vivió de un modo cenobítico y austero; y brindo por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros, se convirtió en porta-estandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede, durante toda aquella centuria.

»Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fue escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y de herejía que separó de nosotros a las razas septentrionales.

»Brindo por el municipio español, hijo glorioso del municipio romano y expresión de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española, que Calderón sublimó hasta las alturas del arte en *El Alcalde de Zalamea*, y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la historia.

»En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos e ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos; nosotros, los que sentimos y pensamos como él, los únicos que con razón, y justicia, y derecho, podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia; del poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; del poeta teólogo; del poeta *inquisitorial*, a quien nosotros aplaudimos, y festejamos, y bendecimos, y a quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidos más o menos *liberales* que,

en nombre de la unidad centralista a la francesa, han ahogado y destruido la antigua libertad municipal y foral de la Península, asesinada primero por la casa de Borbón y luego por los Gobiernos revolucionarios de este siglo.

»Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al centenario en lo que tiene de fiesta semipagana, informada por principios que aborrezco y que poco habían de agradar a tan cristiano poeta como Calderón, si levantase la cabeza.»

Hoy, a los cien años, siguen siendo válidas sus palabras, porque la verdad permanece. Y a vosotros os pido, con la mayor urgencia, que hagáis vuestro ese brindis, y a hacerlo realidad consagréis vuestra vida y hacienda.

Para que España vuelva a ser católica, apostólica y romana. Desde su rey a su ley. En sus costumbres, en sus instituciones, en sus manifestaciones artísticas y culturales. En su pueblo y en su Iglesia. Y bien sabéis que no es paradoja lo que digo.

Para que la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, cenobítica y austera, sea de nuevo portaestandarte de la Iglesia y gonfaloniera de la Santa Sede y paradigma de un pueblo que mirando a su rey vea en él la verdad y la justicia, el valor, la lealtad y la fe de una nación.

Para que el pueblo español despierte del sueño materialista que le invade y vuelva a pelear por todo el mundo, y, si preciso fuera, contra todo el mundo, las batallas del Señor.

Para que los municipios españoles, ejemplos de libertad y de hidalguía, se vean en el ejemplo de Pedro Crespo, y desde él instauren la convivencia en el orden, la paz y la justicia que tanto necesitamos.

Para que las ideas nutricias de nuestra patria, escándalo para judíos y locura y necedad para gentiles, o al lenguaje actual, escándalo para liberales, vergüenza para demócratas, absurdo para totalitarios de cualquier pelaje, vuelvan a llenar de fe y de esperanza a un pueblo que merece mejor suerte que la que hoy padece.

Y, como Menéndez Pelayo, también digo y declaro firmemente que no me adhiero a esta España apóstata de su fe y de su pasado, que abjuró de la religión de Cristo y, sin duda por ello, está a punto

de romperse en mil pedazos insolidarios y hostiles. La España del terrorismo y del divorcio, del aborto y la pornografía, del separatismo, el desorden y el atropello no es mi España y la detesto, como detesto a todos los que han contribuido a traerla. Responsabilidad de la que habrán de dar cuenta por lo menos ante Dios. Y seguro estoy de que, como yo, habrán de detestarles Recaredo y San Fernando, Isabel y el segundo de nuestros Felipes.

Ni por un momento alimenteis la duda de que vuestra España haya dejado ya de existir para siempre. El ladrón puede robar la propiedad, pero no nos priva del derecho sobre lo robado una vez que lo recuperemos. Y esa es nuestra labor actual. Recuperar la España perdida. O mejor dicho, robada o secuestrada. Porque es nuestra. Porque la amamos. Porque le juramos lealtad un día, y nosotros cumplimos lo que prometemos ante Dios.

No sucumbáis a la tentación del desánimo que procede del padre de todas las tentaciones. Porque, misteriosa y venturosamente, en España se da el caso que los enemigos de la Patria son también, casi siempre, y digo el casi no se bien por qué, los enemigos de Dios.

Vísteis, sufrísteis el desánimo y la angustia de una Iglesia en agonía. Tal vez alguno llegará a perder la esperanza y vacilará su fe. Cristo podría habernos repetido el «¿Por qué dudáis?». Pero a nuestro «¡Sálvanos, que perecemos!» nos envió la figura blanca, alegre y luminosa de Juan Pablo II, que nos devolvió la confianza y el orgullo de ser cristianos en una cuasi confirmación sacramental.

El Papa que vino del frío es el Papa de las patrias católicas: Méjico, Polonia, Irlanda... Faltamos nosotros. Y tal vez no nos lo merezcamos todavía. Porque Méjico y Polonia eran, pese a martirios y persecuciones, verdadera propiedad de los católicos mejicanos, polacos e irlandeses. España tampoco podía seguir siendo España si dejaba de ser católica. Pero algunos pensaron que sí. Que daba lo mismo. Y España está a punto de trocearse. Y a Juan Pablo II no se le invita. Tal vez sea una suerte. Porque, ¡qué vergüenza para España que el Papa la viera tal como nos la han dejado! En nuestras manos está el reconquistarla, el volverla a rehacer según el modelo de la España eterna para ofrecerla, una vez más, a Cristo, que quiso

reinar en ella con más veneración que en otras partes, para ofrecérsela por medio de su Vicario, el Papa Wojtila, que desde la cátedra de Pedro nos está llamando al combate.

Esta España nuestra que es una tierra bellísima en la variedad de sus antiguos reinos, conquistados a punta de espada y enlazados en ansias de amor. Donde están enterrados nuestros muertos esperando el día glorioso de la resurrección.

Esta España nuestra, que la amamos en sus gestas y en sus glorias. Y también en las noches oscuras del alma que ha atravesado y que hoy la anegan en tristes presagios de desintegraciones, que no han de llegar, porque aquí estamos nosotros para impedirlo, cueste lo que cueste, a costa de nuestro trabajo, de nuestra entrega y de nuestra sangre si preciso fuera.

Esta España nuestra, santa en sus santos y en sus mártires, gloriosa en sus héroes, luz en sus pintores, verso y verbo en poetas y escritores... ¡Cómo no hemos de amar la historia más hermosa del mundo, la más generosa entrega a Cristo...! En sus cumbres inmarcesibles y en las humildes entregas cotidianas de millones de antepasados que amaron a su patria y sirvieron a su Dios, casi sin enterarse, porque ese era su natural modo de vivir. Y de morir.

Pero no he de hablaros de Felipes y Fernandos, ni de Ignacios y Teresas. ¡Claro que son míos! ¡Claro que los amo! No. Hoy voy a hablaros de otra España igualmente mía, igualmente amada como propiedad unida a mi corazón por entrañables lazos de afanes comunes y fraternos sentimientos.

Mi España, mi propiedad, mi patrimonio sentido, preocupado, amado, amenazado, sois también vosotros.

Vosotros, vuestros afanes, vuestros sentires, vuestras lealtades y fidelidades sois mi España doliente y herida, y también ilusionada, en la esperanza de un mañana mejor.

Y estamos haciendo España. Continuando España. Porque España somos y ser es defenderse. A todos os nombraría y en mi corazón os llamo a todos. A los muertos de la Ciudad Católica que están en el cielo pidiendo a Dios por España. Mosén Enrique nos emocionaba hoy con el recuerdo de Pepe Gil. Fue una gran pérdida, pero fue

mejor ganancia. Si los que con Cristo morimos con El viviremos, Pepe Gil y Gabriel de Armas y Paco Elías de Tejada y el P. Eustaquio Guerrero, y aquel italiano tan nuestro que fue Michel Federico Sciacca, y los que sin conferencias ni artículos participaron más humildemente, aunque tal vez no menos efectivamente, porque «quién sabe el peso de las cosas que Dios mide en sus altas balanzas de cristal», participaron en nuestra tarea de reconquista de España para Dios, están viviendo en el cielo y pidiendo por nosotros y por nuestra patria. Y hacen mucho más que con sus naturales talentos, por excelsos que fueran.

Y España sois, y propiedad de todos los que aquí estamos, y, por eso, os amamos y nos preocupáis, los que estáis dando testimonio de patria y defendéis la propiedad de todos en esas provincias ensangrentadas por la traición y el asesinato.

Ayer me enteré, Carlos, que habías regresado a Bilbao, pese a abiertas y precisas amenazas contra tu vida. Y de Bilbao viniste al Congreso con un hijo tuyo, casi niño, que lleva con orgullo la cruz roja de San Andrés en el pecho, como otros compañeros suyos también de Bilbao aquí presentes. Y ese otro Carlos, también entre nosotros, capitán de temerarias singladuras que en verdad fueron un juego de niños si lo comparamos con el dar la cara, como la está dando, en la Navarra de 1979. Y Rafael, que en Bilbao está cubriendo un puesto de honor que su antecesor dejó vacante en una muerte heroica frente a las balas asesinas de ETA, y que al no poder acudir a esta cita nos envió a su hijo Curro. Y Joaquín, en San Sebastián, que tampoco ha podido estar, aunque le sentimos, no sólo espiritualmente, sino también en la presencia gentil de tres de sus hijas.

Sois nuestra propiedad, y porque la sentimos amenazada se nos encorajina el alma y amamos más a nuestra España.

Y nuestra España eres tú, Juan, alma de estos Congresos y de tantas cosas, que tantas veces te dejamos tan sólo porque la carne es flaca, pero, de verdad, hoy nos sentimos con ánimos de ayudarte en la tarea y de defender en ella a nuestra España.

Y España sois, queridos sacerdotes, vosotros. Que frente a tanto

asco sois fieles soldados de Juan Pablo II y, en verdad, patria entrañable.

Y tu, Eugenio, maestro al que debo eterna gratitud, que a España ofreciste todo desde hace tantos años sin esperar otro premio que el muy grande que Dios te tiene reservado.

Y los amigos de Valencia, de Alcoy, de Málaga, de Salamanca, de Valladolid, de Galicia, de Madrid, de Canarias, de Asturias..., de tantos lugares desde los que habéis venido, dejando merecidos descansos y, muchos, mujeres e hijos en el hogar. Desde aquí, pensando en ellas y en ellos, por ellas y por ellos, sois España y estais defendiendo la propiedad de una patria amenazada por ladrones.

Y España eres tu, Abelardo, y esos chicos y esas chicas abrazados a Cristo y a María, ejemplo de renuncia por amor, de trabajo bien hecho y responsable en días ahogados por el materialismo.

Y España eres tu, Víctor Manuel, que no en vano Méjico se llamó muchos años Nueva España y así lo sentimos todos. Y ya que, no sé qué turbias maniobras o secretos designios, impidieron que Juan Pablo II fuese invitado a visitar esta tierra, sentimos que en cierto modo llegaba a ella cuando pisó esa otra tierra, también propiedad nuestra, en la que la Virgen de Guadalupe hizo el milagro, renovó el milagro de poner millones y millones de rosas católicas a los pies del Vicario de Jesucristo.

Y mi patria sois todos los jóvenes que aquí estais, en promesa segura de días mejores. Y entre ellos, porque te empeñaste en venir, tú, querido hijo, con el que Dios paga con las infinitas creces de su misericordia los pequeños y mezquinos trabajos de tus padres por El y por España. Que El siga trayéndoos aquí y que os lleve a todos los puestos en que su servicio os necesite. Creo que todos los padres que aquí estamos eso pedimos a Dios para vosotros. Sed mejores que nosotros. Más activos en la defensa de la causa de Dios. Y pensad, porque sois hijos y porque sois buenos, que si a veces no lo hicimos mejor, pudo ser porque no supimos, ya que querer, en el fondo de nuestro corazón, sí queríamos.

Todos sois mi patria. Todos somos nuestra patria. Que seamos, de verdad, todos de todos, todos de España y España de Cristo.

Que unos versos de José María Pemán, del Pemán de 1931, que en nada se parecen al posterior, cierran esta conferencia, que no ha pretendido ser otra cosa que una llamada ¡al ladrón, al ladrón! Porque nos están robando a España y a lo peor no nos habíamos dado ni cuenta.

Así dicen los versos de la *Elegía a la tradición de España*, escritos cuando también España se rompía y también había dejado de ser católica:

* * *

Me duele España en mí, como si fuera
carne en mi carne: siento
como el temblor de un viejo tronco al viento
o el desasirse de una enredadera,

Ramas tronchadas de una primavera,
siento en mí los sentires más amados
como Cristos manchados
de sangre y de saliva:
¡y me duele en el alma, en carne viva,
la mella de los siglos arrancados!

Yo no soy luz que brilla
pasajera entre nubes, ni lamento
perdido en soledad, ni hoja amarilla
danzarina de otoño sobre el viento:

no es una pluma en el azar mi vida
ni soy un punto, solo, sin medida
ni dimensión, que encierra
en sí mismo su ser todo agotado.
Todo en mí, carne y luz, lo han amasado
los muertos y la tierra:
las dos manos fecundas del pasado.

Yo soy un alma amiga
de otras almas que fueron mis iguales:
rojo coral en banco de corales,
gota de un mar y grano de una espiga.

Mis ansias y sentires terrenales
no son silvestres rosas
nacidas, sin semillas, en mi pecho...
¡Yo soy lo que me han hecho
los siglos y las cosas!

* * *

Venimos de otras horas. Somos ecos lejanos
en los vientres azules de los montes del Tiempo.

Era ya nuestra vida
como chispa nacida
de la llama primera de un primer pensamiento,
cuando todo era masa sin formar en las manos
del Señor, y lamento
sin palabra ni nombre la futura querella:
cuando no era la rosa, ni la luz, ni la estrella,
y la caña era virgen del abrazo del viento.

Y después, cuando el dedo, todo luz y armonía,
del Señor de las cosas, como rayo del día
tembloroso entre brumas,
con cantiles de rocas y guirnaldas de espumas,
demarcaba un pedazo del planeta, y decía:
«Esta huerta de flores que yo tomo por mía,
será España, señora
de la tarde y la aurora,
de la paz y la guerra;
hija buena y fecunda, que tendrá desde ahora
una estrella en los cielos y un camino en la tierra»:
desde entonces, lejana, silenciosa, escondida,
al compás y medida
que iba España naciendo, como un tallo de flores,
en aquel hervidero de promesa y ardores,
con sus mismas esencias, se iba haciendo mi vida.

Yo no soy flor nacida para todos los vientos
ni camino perdido para todos los pasos:
yo no soy pluma suelta de destinos y acasos
arrojada a los aires, cual despojo maldito.

Yo he nacido a la sombra de un mandato infinito,
de un misterio fecundo
donde, en letras de estrellas, mi sendero está escrito...
¡Yo he venido a la vida con un nombre bendito!
¡Yo no soy hospiciano de las patrias del mundo!

Tengo nombre, y recuerdo, y linaje, y pasado;
tengo un eco de siglos conocido y amado
que acompaña mis pasos y responde a mi voz...
¡Yo soy flor en las flores de un jardín bien nombrado
y mi tierra era tierra bendecida de Dios!

 Cuando España nacía,
yo era ya una indecisa claridad en su día,
y un reflejo perdido de la luz de su fiesta,
y una gota en la fuente de su arroyo primero,
y una letra futura de su verso y su gesta,
y una estrella lejana de su noche de enero.

 Cuando España nacía,
yo era ya, con mi vida, como un ramo de flores
para España segado del jardín del Eterno:
yo era ya blanca nieve que esperaba su invierno
y era grano en la espera de los nuevos calores.

 Cuando España nacía,
yo era ya un alarido confundido en el cuerno
que llamaba a sus hijos, por la Cruz, a la lid;
y era soplo en el viento que agitaba su enseña,
y era luz en el alba que pintaba, en Cardena,
con suspiros violetas, la armadura del Cid.

* * *

¡España, España, España!
¡Y quieren arrancarme la memoria
y vendarme los ojos!
¡y ennegrecer, sobre el azul, los rojos
y sangrantes ponientes de tu historia!

¡Y quieren separarme de la esencia
de tí, como la carne de la uña!

¡Rosa de Cataluña!
¡Encina de Castilla:
verde plumero heróico
sobre el casco de Gredos!
¡Pinares y robledos:
sonoros escuadrones
frente a los vientos largos de la tarde!
¡Rojos muros preclaros,
regados en la tierra donde arde
la cosecha entre risas de cigarra!
¡Picachos de Navarra!
¡Prados de Balsaín, verdes y claros!
¡Y vosotras, las frías
crestas del Pirineo, y la calzada
de Galicia, regada de fervores,
y las blancas aldeas, y las rías:
puñaladas de azul entre las flores!
¡Y Valencia! ¡Y las dos Andalucías:
la griega y la moruna!
¡Todas, todas a una
las Españas en pie: todas, al viento,
con la mano en la espada y el aliento
contenido y la voz ancha y sonora,
todas puestas en cruz, en esta hora
de un solo amor y un solo juramento!

* * *

¡España, España!... Aguza los oídos:
que con un dulce dejo y dolor blando,
sombras con luna van por los egidos
de Salamanca y de Alcalá, llorando...

Lloran la copla de la malcasada
que a la orilla del golfo verde y oro,
sueña el mal sueño de su amor doliente;
lloran por su rosal y su tesoro,
perla ayer la mejor de su corona:
hija de las sirenas del oriente,
novia del mar azul, luna naciente...
¡clara, limpia y perfecta Barcelona!

¿Y llegará el momento
en que retumbe toda España al viento,
con los secos hachazos de la tala
del bosque ayer tan prieto y tan tupido?
¿Y arrojará algún brazo descreído,
como un puñado de simiente mala,
las arras de Isabel, en el olvido?

Se ha cubierto la tarde de Castilla
con esa luz opaca y amarilla
que presagia tormentas...

Y yo he visto,
bajo la luz agónica y rosada
con que una lamparilla
velaba junto a un Cristo,
yo he visto, en la capilla
de Reyes de Granada,
donde duerme la Reina enamorada
de las altas querellas,
brotar, soñando yo, de sus pupilas,
lágrimas que enjoyaban, como estrellas,
la mustia flor de sus ojeras lilas.

* * *

Me siento solo. Triste y amarilla,
la puesta del sol arde
sobre los montes. Brilla
la hoguera al lejos; la corneja chilla...
¡Tengo miedo, Señor, en esta tarde
nublada sobre el campo de Castilla!

Señor, Señor:
¡por todas esas cruces
que disparan al cielo
los campos españoles!
¡Por los tibios resoles
y las luces
azules y violetas
del sol del pueblo sobre el campanario!
¡por la ermita, entre chopos, junto al río!

¡por el ave-maría del rosario
del alba, rosa blanca, entre el rocío!
¡por la luz y las flores
y los siete puñales
de la Virgen que llora, entre cristales,
con lágrimas de cera, sus dolores!
¡por el Pilar y Atocha y la Almudena
y Regla y Setefilla:
por la Esperanza y por la Macarena!
¡por la luz misteriosa de la noche
santa y amarga de la maravilla!
¡por la seda y el oro y el derroche
gitano de los *pasos* de Sevilla!
¡por todas esas flores
de la casa paterna!
¡por toda aquella tierna
fe de nuestros mayores:
¡en esta hora de angustias y dolores,
piedad, Señor, para la España eterna!

¡Piedad, Señor, para los malhechores
que riegan sal y ortigas por los suelos!
¡Pon los siete colores
de tu arco de perdón sobre los cielos!
¡Hunde en el polvo el odio y la arrogancia
Siembra rosas de olvidos y perdones
y unge de compasión y tolerancia
labios y corazones!
¡Danos la paz! ¡Acerca a los hermanos!
Abre acequias de amor en los secanos
y pon el agua de la Vida en ellas!
¡¡Tú, que tienes el viento y las estrellas,
Señor de los Señores, en tus manos!!